

SERPENTÓN



AFÍCO

BOCA

N DE PAPEL SEDA
ANJAS COMUNES.

CAJAS DE LUJO.

NIBLE



Don Cristobal

SEMANARIO ILUSTRADO

ÉPOCA TERCERA.



Castellón 19 Diciembre 1897.



AÑO IV. NÚM. 24

VIAGE DE VACACIONES



—Figúrese V. que oímos pitar la máquina y vimos con terror que venía otro tren por la misma vía.
—¿Chocarían Vdes?
—No, pero chocó mucho que no chocásemos.

«HABLEMOS»

Qué alegría la de los fusionistas *castalios* de la escolta de D. Cayo.

— ¡Viene D. Emilio! — se decían.

D. Emilio, señor y dueño de la provincia, en comandita con Paco Giner, en tiempos liberales.

D. Emilio, repartidor de credenciales de á mil pesetas con descuento, y corta alas Ramblistas.

D. Emilio, el que tanto gusto dió en la anterior temporada cómico-electoral.

Y ¿á qué viene ese señor? preguntaba la opinión neutra, ó sea el independiente al estilo del país; qué es un estilo particular que usamos en *Castalia* para elecciones, y que consiste solamente en ayudar al que manda.

— Pues mire usted — decía uno — dicen que viene á preparar la elección.

— Quite V. allá; á lo que viene es á tomar apuntes para un sainete que titulará...

— Si ya sé: «Bonito está el fusionismo, ó el Portugués y la Rambla y la sociedad *Diana*».

— Eso es.

— Pues si lo hace no hay duda que obtendrá éxito.

— Si es lo que yo le dicho siempre: si D. Emilio se dedicase á explotar la política fusio-carlo-provincial mirada á través de su naturaleza de autor cómico en vez de tomarlo en serio, conseguiría, gracias á su distrito, cobrar muy buenos trimestres.

— Puede que no haya caído en ello el señor Sánchez Pastor.

— Calle V. hombre, calle V.; ¡no ha de caer! ¿No vió V. aquella sonrisita burlesca que se dibujó en sus labios al apearse del tren?

— Sí que noté algo; pero creí que era porque vió algunos cosieros vergonzantes que se extrañaban del recibimiento que al autor de *El Monaguillo* se le dispensaba.

— ¡Bah! en el *cosi* no piensa él más que para recordar la tranquilidad con que se celebraban las elecciones cuando D. Emilio aprovechaba los votos de esta agrupación.

— De modo que aquella sonrisa...

— Era una puñalada silvelista para los tiradores de Rambla que no podían ocultar su disgusto ante la manifestación que á D. Emilio se le hacía.

— ¡Caramba! ¡y qué mal dicen esas triquiñuelas dentro de un mismo partido!

— ¿No vé V. que Rambla no quiere que el del *Tambor de granaderos* traspase los límites de su distrito y en la estación había elementos de toda la provincia?

— Mal se ponen las cosas. Ya verá V. como aquí ocurre algo gordo...

— *O la casa de los escándalos.*

— Eso ya hace tiempo que viene siéndolo el partido fusionista.

Tengo que dar el paso atrás al acuparme del teatro, y crean ustedes que tengo verdadero placer en ello.

Indiscutiblemente la señorita Quetcuti es toda una artista cuando ella quiere.

Bien nos lo ha demostrado en *La viejecita*, que aquí para *inter nós*, es también la mejor obra de la temporada.

La mejor obra y la que con más gusto y amor ha ejecutado la compañía de los señores Mata y Conti.

La señorita Quetcuti rayó como digo á gran altura, desconociéndose por completo y siendo otra muy distinta de lo que en el *Buile de Luis Alonso* y otras obras había sido.

La señora Oliver no hay por qué hablar de ella: es la artista por excelencia, que nunca desmerece y gusta más y más cuanto más se la vé; en su papel de Luisita está como sin duda debió soñarla Echeagaray al escribir *La viejecita*.

Y de ellos muy bien Berges, en el que encarnan perfectamente los papeles de viejo; y discretísimos Lamas, Bolúmar y Avilés.

Mata se acordó á la tercera representación de *La viejecita* en que al sarao se va de guante aunque el invitado sea inglés... y se los puso al fin. Menos mal que se acordó de ese detalle y de algún otro de más importancia todavía, y consiguió con ello conjurar la *tempestad* que diz que dicen que se estaba fraguando en las alturas.

¿Y la orquesta? preguntarán ustedes.

¡Ah! la orquesta desconocida. Magistral inclusive. Como no ha estado nunca.

Yo creo que la ovación más merecida y justa fué la que se le tributó al maestro Conti, tan trabajador é inteligente como modesto en exceso.

Y en fin, que hay *viejecita* para rato, lo cual celebro.

Y no digo nada á ustedes del estreno de anoche, porque no hay tiempo ni espacio para ello.

En el próximo será.

Juanito TRÚPITA.

Cantares Patrióticos

Cuando la historia relata
dice la Fama, orgullosa:

«¡Me tiene España abrumada
con el peso de sus glorias!»

Ayer padecía esclavo
y hoy miro libre aquél pueblo:
no lo dudes, Patria mía,
es que se inspiró en tu ejemplo.

España perder no puede
su fama inmortal y eterna,
pues són sus brillantes glorias
pedestal de su grandeza.

Aunque la América altiva
no quiera tu hija llamarse;
aunque ella no te lo diga,
tú siempre serás su madre.

Agustín SARÓN.

Sierra Engarcerán, 97.

CONSIDERACIONES

—Mira Nemesia, no faltes, que no está el horno pa bollos y como yo me incomode vá haber bronca de lo gordo.
—¡Pue que la haya! que yá sé que está caldeao el horno porque llevas tres semanas que estás lo mismo que un choto, y no tienes un momento tan siquiera de reposo.
—No desagères, Nemesia, y no digas que provocho y que busco las cuestiones como cualesquiera otro.
—Vaya con las que te vienes! gracias que yo te conozco y que sé tus intenciones y otras cosas que no toco.
—No sé por qué dices eso ni te expresas de ese modo,

cuando sabes que yo tengo mi decencia y mi decoro y que yo te considero como á la Virgen...

—¡Tampoco!

—¡Cómo que nó! Dime tú si has encontrado algún otro, que te aprecie y te distinga y por tí se vuelva loco, y que azmita cajetillas de á real, que es un oprobio el fumarlas entre gentes de distinción y amor propio.

—Eso es verdad.

—Pues entonces,

para qué te pones moños, y me vienes con cantatas...

—Pero si no me los pongo; lo que pasa es que tú estás ya hace unos días, Manolo,

con un genio que parece que te se lleva el demonio y no hay quien te hable á la cara con buenos ni malos modos.

—Y eso, ¿sabes tú por qué és?

—No lo sé, mas lo supongo: tú lo que quieres es guita pero has venido algo pronto, pues lo que es hoy no te largo ni dos reales.

—¡Reconcho!

¿que nó me los dás? pues voy á largarte por introito un par de morrás, y á hacer que me oigan hasta los sordos; porque á mí á considerao ya sabes me ganan pocos pero no tolero á nadie que me pasen como á un toro.

Alberto LÓPEZ RUÍZ.

García Jumera

Hay vocaciones para todo en el mundo.

—¿A qué piensas dedicarte, niño?—preguntaba un caballero en cierta ocasión á un tierno infante.

—A capitán general.

—Bien, bien... ¿Y tú?

—Yo á mozo de cordel—contestó el hermano.

—¡Hombre!

—No, no, á ministro de Hacienda.

—¿En qué quedamos?

Claro está, que en el transcurso de los años muestranse más ó menos determinadas aptitudes y disposiciones para tal ó cual cosa; quien, cuando niño, deslumbrado por los brillantes uniformes de la gente de tropa soñaba con la milicia, dá en recandador de contribuciones, y quien, entusiasta de la iglesia ó del claustro, acaba en saltimbanquis ó corista de zarzuela.

Es evidente que la vocación se manifiesta en muchos individuos con caracteres claros y verdaderos, pero no es menos cierto que la inmensa mayoría de los jóvenes que cursan en Universidades, Escuelas y Academias, facultades distintas, no han pensado nunca en las dotes que para ello les ha concedido la Naturaleza.

Esto no es extraño, pues la mayor parte no piensan ejercer su carrera una vez terminada.

Conozco un joven que estudió Filosofía y Letras para retirarse después á su tierra, donde emprendió el comercio de aceitunas é higos secos.

Esta especie de individuos es muy común en nuestra sociedad, y no es de ella precisamente de quien quiero hablar.

Hay otra clase mucho más notable y original que la de estos pobres atunes, que no suelen significarse en nada.

Pertenecen á ella los que ya por holgazanería, ya por falta de medios pasaron sus primeros años brazo sobre

brazo, sin dedicarse á estudio alguno, y que más tarde solo trataron de pasar el tiempo alegremente.

No falta entre ellos algún espíritu elevado que suspira por el arte y por la gloria, ni quien se cree destinado á la inmortalidad.

De estos salen muchos aficionados al arte de Talía, que acaban en las compañías dramáticas ambulantes y otros, los más felices de todos, son los que continúan su vida entregados á juerga perpétua.

Juan José García Jumera que me fué presentado en cierta ocasión por un amigo mío, es uno de estos vertebrados.

Las cuatro ó cinco veces, en que, por mi desgracia, me he encontrado con él en la calle, ha tratado de que le acompañara al café para tomar unas copitas, y me ha propinado las matracas más espantosas que imaginarse pueden, contándome sus hazañas y fechorías.

Es Jumera un joven de unos veintitres á veinticuatro años, de pequeña estatura, de porte un tanto chusco y andares de primer espada de cartel.

Viste traje mixto de chulo y señorito y lleva sobre su cabeza un sombrero cordobés de ala ancha, y en la mano recio bastón con puño de asta.

Las costumbres de García Jumera son de lo más estravagante y casi parece imposible que exista un ente de esta índole sin que le rompan la cabeza cuatro ó cinco veces por semana.

Mas no extrañará esto quien conozca su carácter jovial y despreocupado.

Para él, todo es motivo de broma y en todo encuentra diversión.

—El otro día—me dijo en cierta ocasión—nos fuimos con unas amigas á comernos unos pasteles al *maset*....

¡Je, je, je!... y después á beber unas tintas en una taberna que había allí cerca, donde armamos la juerga más fenomenal que pueda imaginarse.

do en *La viejecita*, que aquí la mejor obra de la temporada. Con más gusto y amor ha ejecutado Mata y Conti.

como digo á gran altura, des- y siendo otra muy distinta de Alonso y otras obras había

por qué hablar de ella: es la única que merece y gusta más en su papel de Luisita está Echegaray al escribir *La vie-*

rges, en el que encarnan per- e viejo; y discretísimos Lamas,

a representación de *La vieje-* de guante aunque el invitado fin. Menos mal que se acordó o de más importancia todavía, la *tempestá* que diz que dicen as alturas.

in ustedes.

da. Magistral inclusive. Como

ás merecida y justa fué la que i, tan trabajador é inteligente

ta para rato, lo cual celebro.

del estreno de anoche, porque a ello.

Juanito TRÚPITA.

Patrióticos

oria relata

gulosos:

ia abrumada

s glorias!

esclavo

aque! pueblo:

ia mía,

en tu ejemplo.

no puede

y eterna,

lantes glorias

andezas.

érica altiva:

llamarse;

lo diga,

su madre.

Agustín SARÓN.

97.



1



2



3



4



5



6



7



8

Coll-Toc

—¿Y qué se figura usted que ocurrió al fin?
 —Que lo metieron á usted de cabeza en un establo.
 —No, hombre; no.
 —¿Qué ocurrió entonces?
 —Pues que yo no tenía un cuarto en el bolsillo, y que no podía pagar al tabernero... ¡Je, je, je!...
 —Bien, ¿y qué?
 —Que se armó una bronca monumental. Supóngase usted que estaba yo un tanto *alumbado* con el líquido que tenía en el cuerpo, y al ver que el amo del ventorro se venía hácia mí dispuesto á devorarme, levanté el palo y... me arrimó un estocazo que me rompió una clavícula. ¡Je, je, je!...

—¿Una nada más? (Es lástima)
 —Y de la taberna nos llevaron derechos al Gobierno civil. ¡Je, je, je!...

El joven García Jumerá pasa la vida riéndose de todo en una juerga perpétua.

Lo mismo asiste á un baile de candil, que se bebe un tonel de lo tinto, que se recibe una paliza si la ocasión se terciá.

Es evidente que este individuo ejerce su profesión. Si alguien lo dudara, ya se encargará él de demostrar que no sirve para otra cosa

CABELLERA.

Menudencias

Las hojas de calendario
 te gustan, por los cantares,
 y las hojas de mis *álbums*
 te cantan ¡y las deshaces!

Si las flores son tu encanto,
 si las flores son tu amor
 ¿Por qué me desdénas tanto
 cuando *te echo alguna flor?*

Ventura VIDAL.

La vi en un calabazar
 y ácerqueme á saludarla,
 y díome, á fuer de galante,
 una hermosa calabaza.

En una gran discusión
 entre Ramón y Facundo
 dijo al primero el segundo:

—Eres tonto y cabezón.

Mas aquél se puso rapso
 exclamando sin recelo:

—De tonto no tengo un pelo.

Y en efecto, estaba calbo.

Vicente FERRANDO.

Echame al cuello tus brazos
 y aprieta, niña, bien fuerte;
 quiero gozar un instante
 aunque así me des la muerte.

Mátame si no me quieres,

házme ese favor al menos;

la vida me importa poco

si la he de pasar sufriendo.

Claudio GIL ALDURRERA.

La Noche-Buena de Cosme

CUENTO

*El mi querido amigo y condiscípulo
 en Osetezica Juanito Felipita.*

Daba las últimas boqueadas el año 1471.

Aún no lucían en las calles de Castalia los reverberos de gas ni se soñaba en los actuales focos de luz eléctrica, ni Dante había escrito su *Paraiso perdido*. La iluminación pública se efectuaba por medio de hogueras convenientemente repartidas por la población. El nombre de alguna de las calles recuerda tal sistema de alumbrado. La calle de la Higuera, que entonces era la vía más importante y concurrida, se llamó en un principio de la Hoguera.

En la hoy calle de las Monjas Capuchinas vivía un matrimonio forastero. *Ella* era alta y delgada; *él* bajito y zapatero, si bien picado de viruelas.

El cielo les sonreía con frecuencia, derramando á manos llenas la salud y la alegría en su tranquilo hogar.

Cosme Arrufat y Monsonís, que así se llamaba el zapatero, era entonces el primero en su oficio por sus buenas manos y porque no había otro.

En aquella época las autoridades locales venían obligadas á calzarse en un mismo establecimiento.

Cosme, que estaba relacionado con importantes personajes de la Corte, consiguió ser nombrado zapatero de la Excm. Diputación y del Sindicato de riegos.

¡Ojalá no hubiera pensado nunca en ello!

La envidia, que siempre tiene numerosos partidarios, despertó en el corazón de Jaime Borrelló, primer oficial de Cosme y sargento de milicianos, deseos de independencia y de venganza.

Lo primero que hizo Borrelló fué captarse las simpatías de la zapatera que tenía un corazón más tierno que el engrudo que usaba su marido para pegar las plantillas y que no hizo oídos de mercader á las frases galantes de Borrelló.

De la simpatía al amor no hay más que un paso, y con buena voluntad se anda pronto. Esto le pasó á la zapatera y al oficial.

Excusamos decir que Arrufat, atento siempre á la buena marcha de su acreditada tienda, no se fijó en las maquinaciones de Borrelló y el amor continuaba haciendo estragos en el alma de la angelical zapatera.

Accediendo ésta á las súplicas de su amante, decidió abandonar á su infeliz marido.

Desgraciadamente tan infame plan se llevó á la práctica.

La vispera de Noche-Buena del año citado, la Excelentísima Diputación celebraba sesión extraordinaria.

A ella asistió Cosme como proveedor de los señores diputados.

Aprovechando esta coyuntura, se presentó Borrelló en la casa de su maestro. La infiel esposa se prestó á la fuga, y apoderándose del metálico que había en la casa huyó con su amante en un carrito de mano arrastrado por el papá de Borrelló, anciano de vida depravada que fué en su juventud maestro saugrador (perito agrónomo, como decimos ahora).

La noche era oscura como boca de lobo y fría como hoja toledana. Pero nada intimidó á los amantes ni al papá de Borrelló.

Estos huyeron por el callejón del Matadero, llegaron al pinar, comieron frugalmente y se embarcaron, no sin apearse antes, haciéndose á la vela.

El papá se quedó en la playa mirando con envidia como se alejaba la amartelada pareja y repitiendo aquellos versos de Góngora ó de Holofernes:

Allá vá la nave
 ¿Quién sabe do vá?

Mientras esto sucedía en la playa de nuestro mar latino, terminó la sesión extraordinaria y el zapatero regresó satisfecho á su casa creyendo encontrar á su esposa en el tibio tálamo. Pero ¡ah! el nido estaba vacío. La esposa, pájara de cuenta, había levantado el vuelo sin decir: «Ahí te quedas, Cosme.»

La desesperación del pobre zapatero no necesitó deslinde ni amojonamiento, porque no tuvo límites. La primera idea que cruzó por su mente fué romperse el cráneo contra el escaparate ó agugereárselo con la lezna, pero tenía la cabeza bastante delicada con lo que le sucedía y desistió.

A la mañana siguiente puso el hecho en conocimiento de las autoridades. Se practicaron activas pesquisas, pero resultaron infructuosas.

A los dos meses recibió Cosme una carta firmada por su oficial en la que éste explicaba detalladamente el suceso, añadiendo que habían llegado á una isla desconocida donde una tribu de salvajes les dispensó un cariñoso recibimiento. Allí había montado una modesta zapatería subvencionada por el Jefe de la tribu que se *pirraba* por el buen calzado y los fuegos de artificio. Borrelló terminaba la carta pidiendo mil perdones á su amo y ofreciéndole un rinconcito en su hogar. La ingrata esposa se limitó á escribir dos líneas sobre el clima, la fauna y la flora del país y sus iniciales al final de la epístola.

Esta fué un bálsamo para el corazón lacerado de Cosme. Sabía que su esposa había llegado sin novedad y que el clima era templado y el Jefe benévolo. ¿Qué más podía apetecer?

Un cambio político hizo perder á Cosme su influencia y traspasando su establecimiento á un guarnicionero protestante ingresó en las Oblatas.

A los dos años formó parte de una misión, embarcándose en Guadalajara con rumbo á la Oceanía.

Un temporal formidable hizo naufragar el vapor en que iba nuestro ex-zapatero, salvándose milagrosa y únicamente éste y una bailarina asturiana que hacía tres meses no le quitaba la vista de encima.

Nadando en varias posiciones llegaron á una playa desconocida.

Los carabineros indígenas los maniataron llevándoles á presencia del Jefe de la tribu.

Este, que aquel día había perdido siete reales al tute y estaba de un humor endiablado, dictó contra los naufragos sentencia de muerte.

Ya se disponían éstos á morir cuando sonó el timbre de la régia estancia entrando Borrelló con la zapatera.

Renunciamos á describir la escena que tuvo lugar entre Cosme, su esposa, Borrelló, los carabineros, la bailarina y el Jefe de la tribu.

Repuestos todos de la natural sorpresa, revocó el Jefe la sentencia por intercesión de Borrelló y la zapatera.

Celebraron el acontecimiento con juegos florales y un festín en el mismo comedor de palacio.

A la una de la madrugada terminó la orgia y á la una y cuarto morían todos envenenados, excepto Borrelló y la bailarina, causantes de aquella hecatombe, y el que esto escribe.

TRÓMPIS.

¿Qué es amor?

¿Qué es amor, me preguntas hermosa?
Contestarte no sé.

Creo que es una mezcla de ilusiones,
de dudas y de fé;
una pasión que, á veces nos alegra
y otras causa dolor.

Lo que siento, mi bien, cuando te miro
debe de ser amor.

Un veneno que mata sin sentirlo
el amor debe ser

y que solo, al final, cuando es ya tarde
se suele conocer.

Yo creo que el amor de tal manera
se puede definir

y que por excepción, tan solamente,
tu amor hace vivir.

Julián de Poboso.

Picadillo

Contóme Alcover que Puento
se hallaba muy arruinado
y que se había casado
con un duro solamente.
Y le contesté á Alcover:
—¡Cosa rara! yo creía
que el pobre Puento se había
casado con su mujer!

—Gil no quiere á su mujer
según la gente asegura.

—Eso no es cierto, Adelina.

—¡Pero si todas le gustan!

—Pues si á todas quiere ¡es claro
que también querrá á la suya!

—Como si fuese un banquero
gasta Antero su dinero
siendo un pobre como es.
¿De dónde lo saca, pues,
si no tiene nada Antero?
Y contestóle Hinojosa:
—Tan solo tiene, en verdad,
una esposa muy preciosa,
un amigo... de la esposa
y muy poca dignidad.

Al cesante Femenia,
que es celoso en demasía,
preguntábase ayer Lara:

—Siguiendo así ¿qué haría
si su esposa *le faltara?*

Amostazado quedó,
pues á esta frase le dió

interpretación torcida,
por lo que airado exclamó:

—¡Pegarle un tiro en seguida!

Eduardo Guillar.

Imprenta y Librería de José Rovira Borrás.

El Padrino del Nene por CAMILO



¡Anda mi niña que me tienes envilo hace muy bien de tiempo!

VALENCIA. ESTAB^{TO} CROMO-LITOGRAFICO

FACTURAS, MEMBRETES,
MEMORANDUMS,
LETRAS de CAMBIO,
CARTAS de REMESA,
AVISO de GIRO,
TARJETONES, TALONARIOS &

PASCUAL ROCA

DERECHOS, 53.

ESPECIALIDAD EN LA ESTAMPACION DE PAPEL SEDA
PARA ENVOLVER MANDARINAS Y NARANJAS COMUNES.

CROMOS HECHOS EXPROFESO PARA LAS CAJAS DE LUJO.

DON CRISTÓBAL

— SUSCRIPCIÓN —

En Castellón un mes. 0'50 ptas.
Fuera, trimestre. 1'75

— 10 céntimos — Número suelto ordinario, — céntimos 10 —
Extraordinario, convencional.

Se admiten suscripciones en la Redacción del
Heraldo, Mayor, 115.

Reclamaciones en la Imprenta.

La correspondencia y cambio al Director de Don
CRISTÓBAL, Enmedio, 132, (Fonda Igualadina).

DISPONIBLE